

La conducta de las personas no está condicionada solamente por lo que de hecho ocurre, sino también por su percepción subjetiva de lo que está ocurriendo. En palabras de Serge Berstein “en la acción política, más allá de las realidades objetivas, que no se trata de subestimar, juegan un papel esencial las representaciones y es la imagen que un individuo se hace de un acontecimiento, más que éste en sí mismo, la que puede movilizarle y empujarle a actuar”¹. De ahí la importancia que para los estudios históricos tiene el concepto de cultura, en su sentido antropológico, que Edgar Morin definió como “un cuerpo complejo de normas, símbolos, mitos e imágenes que penetran en la intimidad del individuo, estructuran sus instintos, orientan sus emociones”². La memoria histórica representa uno de los componentes de ese conjunto complejo que es la cultura.

Este artículo se propone explorar el papel que en la memoria histórica de los españoles, y por tanto en su cultura política, representa la transición, entendida como el momento fundacional de nuestro actual sistema de convivencia. Recurre para ello a un instrumento que está al alcance de todo historiador que se interese por el tiempo más reciente: la encuesta de opinión. El Centro de Investigaciones Sociológicas sondea periódicamente la opinión de los españoles y los resultados son puestos a la disposición de los investigadores, después de transcurrido un período muy breve. Grabados en formato ASCII, los ficheros de datos del CIS pueden ser tratados mediante programas estadísticos como el SPSS u otros, lo que permite al investigador relacionar las respuestas de los encuestados a las distintas preguntas, para hallar el perfil de quienes sustentan una determinada opinión.

En concreto este artículo analiza los resultados de una encuesta particularmente interesante para los historiadores, el estudio 2401 del CIS, titulado *25 años después*, basado en 2486 entrevistas a españoles de ambos sexos de 18 años y más, realizadas en 168 municipios de 46 provincias entre el 9 y el 14 de diciembre de 2000, cuando se cumplían 25 años del inicio de la transición. El propósito buscado es analizar si en la memoria de aquel proceso histórico se hallan diferencias significativas en función de la orientación ideológica de los encuestados, o si por el contrario existe una imagen ampliamente compartida de lo que significó la transición. Para ello hemos cruzado las respuestas a las cuestiones que nos han parecido más significativas con la indicación de a qué partido votó el encuestado en las últimas elecciones. Inevitablemente el margen de error es mayor en el caso de los partidos minoritarios, al reducirse el tamaño de la muestra. Para los tres grandes partidos que actúan en todo el territorio español ésta es suficientemente grande: 690 encuestados declararon haber votado al PP, 603 al PSOE y 91 a IU. En cambio las muestras son pequeñas en el caso de los partidos específicos de determinadas comunidades autónomas. Sólo 61 encuestados declararon haber votado a CIU, 18 al PNV y 18 al BNG, pero la gran importancia que estos partidos tienen respectivamente en Cataluña, la Comunidad Autónoma Vasca y Galicia nos ha inducido a incluir sus respuestas, al menos en el caso de las preguntas más importantes. El lector debe sin embargo recordar que en los casos del PNV y el BNG la muestra utilizada es muy reducida.

La memoria de la guerra civil y del régimen de Franco.

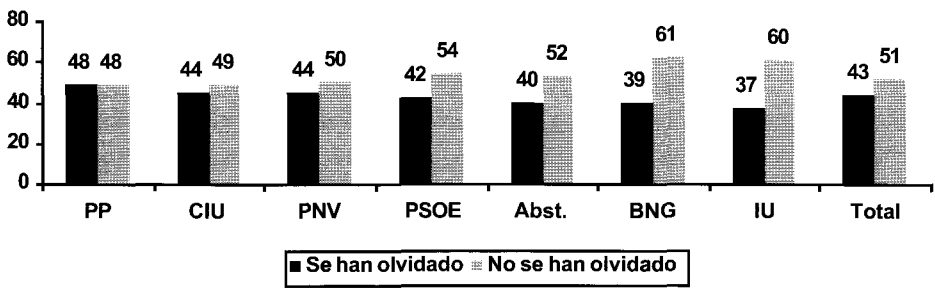
Nuestra primera constatación es que, a pesar de haber transcurrido seis décadas desde el final de la guerra civil, su memoria sigue viva y para muchos españoles sigue representando un factor de división. A la pregunta de si se han olvidado ya las divisiones y rencores de la guerra civil responde negativamente el 51 % de los españoles y positivamente el 43 %. Las diferencias al respecto entre los electorados de los distintos partidos son pequeñas, pero significativas, porque se sitúan en el eje izquierda-derecha (gráfico 1). Los votantes del PP se dividen en partes

1- BERSTEIN, Serge, ed.: *Les cultures politiques en France*, Paris, Seuil, pág. 392, 1999.

2- MORIN, Edgar: *L'esprit du temps*, Paris, Grasset, pág. 12, 1962.

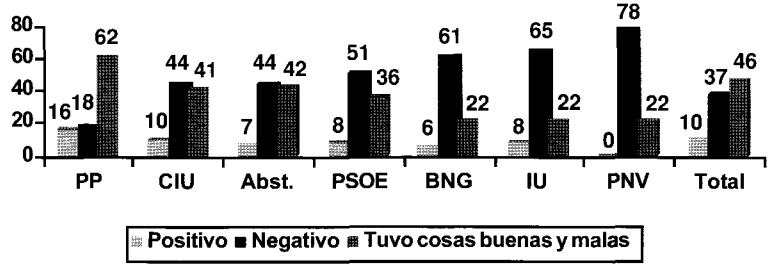
iguales entre quienes responden negativamente y afirmativamente, mientras que son los votantes de IU quienes más propenden a considerar que las viejas heridas no se han olvidado. La interpretación de que el recuerdo de la guerra civil permanece vivo sobre todo entre quienes se identifican con los vencidos parece obvia.

1. Las divisiones y rencores de la guerra



Respecto al régimen de Franco, sólo un 10 % de los encuestados cree que pasará a la historia como un período positivo para España, mientras que un 37 % le otorga una calificación negativa, pero la opinión más común - 47 % - es la de que fue una etapa que tuvo cosas buenas y cosas malas (gráfico 2). Los electores del PP son los menos desfavorables al régimen de Franco, y aun así sólo un 16 % de ellos lo valoran positivamente, mientras que en el extremo contrario se sitúan los electores del PNV.

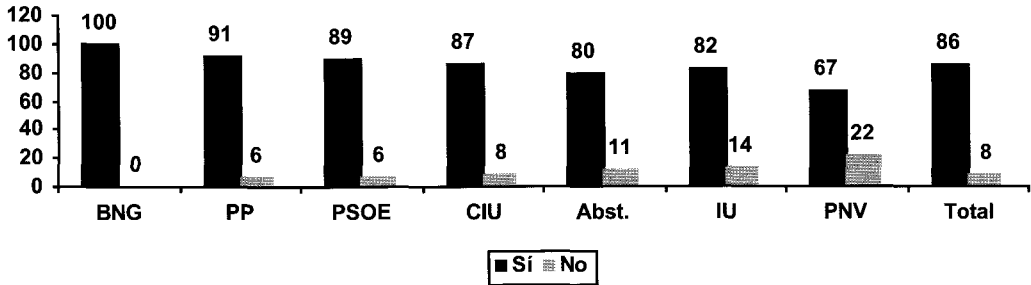
2. El regimen de Franco fue para España un periodo



La transición y sus protagonistas.

La valoración que los encuestados hacen de la transición a la democracia resulta extraordinariamente favorable (gráfico 3). El 86 % de los encuestados se muestra de acuerdo con que la forma en que se llevó a cabo la transición a la democracia constituye un motivo de orgullo para los españoles y resulta notable comprobar que esa afirmación la comparten los electores de todos los partidos analizados, incluidos dos tercios de los del PNV, que son los que en menor grado se manifiestan de acuerdo. Claramente los españoles han interiorizado como un logro histórico el momento fundacional de nuestra democracia, lo que se traduce en una elevadísima valoración de su principal protagonista, Adolfo Suárez.

3. La transición constituye un motivo de orgullo para los españoles



Para analizar la cuestión de en qué medida contribuyeron a la transición los principales políticos del momento, a la que los encuestados podían responder utilizando una escala del 0 (nada) al 10 (muchísimo), hemos calculado el porcentaje de encuestados que dieron a cada político una valoración del 6 al 10 (gráfico 4). Ese porcentaje alcanza el 74 % en el caso de Suárez, que es valorado de manera muy positiva por los electorados de los tres grandes partidos, de manera que los electores del PP consideran que contribuyó a la democracia más que Fraga, los de IU consideran que contribuyó más que Carrillo y los del PSOE consideran que contribuyó lo mismo que González. Esto supone que Suárez ha terminado por alcanzar un grado de aprobación entre sus contemporáneos probablemente mayor que el de cualquier otro político español de los dos últimos siglos.

4. En qué medida contribuyeron al éxito de la transición.

	Suárez	González	Carrillo	Fraga
Total	74,7	58	42,7	40,4
PP	82,5	52	37,8	58,8
PSOE	78,4	78	52,8	32,6
IU	84,7	64,9	63,8	35,2

% de calificaciones 6 a 10

Si de la contribución los políticos pasamos a la de otras personas y entidades, nos encontramos que la más valorada es la del Rey, con una puntuación similar a la de Suárez que comparten también los electores de los tres grandes partidos (gráfico 5). Le siguen, por este orden, los ciudadanos en general, el movimiento obrero y los medios de comunicación, mientras que llama la atención la baja puntuación de la Iglesia católica, a la que los historiadores han otorgado habitualmente un papel relevante en el paso de la dictadura a la democracia, y que sin embargo queda en el último lugar entre las ocho entidades propuestas, lo que parece responder más a la escasa influencia actual de la Iglesia que a una visión ponderada de la situación en los últimos años del franquismo. La diferencia entre izquierda y derecha es perceptible en que los electores del PP valoran más que los otros el papel del Rey, los

militares y la Iglesia, mientras que los del PSOE e IU valoran más que los otros el papel del movimiento obrero, el movimiento estudiantil y los intelectuales. Sin embargo, como en el caso de preguntas anteriores, destaca más el consenso entre todos los ciudadanos que las diferencias entre izquierda y derecha. Es llamativo que la contribución del Rey sea la más valorada por los electores tanto del PP como del PSOE y que la de la Iglesia sea la menos valorada por los electores tanto del PSOE e IU como del PP.

5. En qué medida contribuyeron al éxito de la transición.

	El Rey	Los ciudadanos en general	El movimiento obrero	Los medios de comunic.
Total	73,7	70,3	61,2	60,4
PP	82,6	74,5	57,8	65,1
PSOE	79,9	74,9	70,2	64,7
IU	71,5	82,5	84,7	69,3

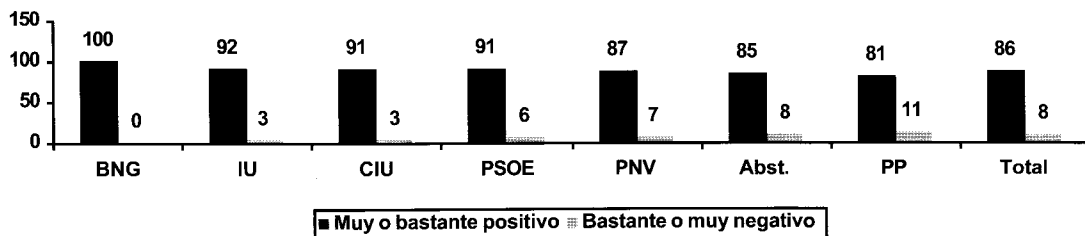
	El movimiento estudiantil	Los intelectuales	Los militares	La Iglesia
Total	53,8	51,7	33,9	25,2
PP	51,4	54,6	44,1	35,8
PSOE	60,8	56,7	32,5	20,9
IU	78,1	68,2	33	24,2

% de calificaciones 6 a 10

Veinticinco años de cambio: percepción subjetiva y datos objetivos.

La imagen favorable que los españoles tienen de la transición se extiende al conjunto del período democrático que se inició con aquella. Nada menos que el 86 % de los encuestados creen que el cambio experimentado por la sociedad española desde 1975 ha sido positivo, mientras que sólo un 8 % opinan lo contrario (gráfico 6). Y de nuevo hay que subrayar que ese optimismo es compartido por los electores de los seis partidos considerados. El electorado del PP es el que presenta un menor porcentaje de opiniones positivas, sin duda porque incluye un pequeño sector de nostálgicos del pasado régimen.

6. El cambio de la sociedad española desde 1975 ha sido



La encuesta plantea también cuales son los aspectos en que se ha mejorado y cuales son aquellos en los que se ha empeorado (gráfico 7). Entre los primeros los encuestados destacan la situación económica y la situación internacional y entre los segundos el terrorismo, el problema de la droga, el medio ambiente y la inseguridad ciudadana. De nuevo las diferencias no son muy grandes entre los electorados de PP, PSOE e IU. El porcentaje de quienes estiman que la situación internacional ha mejorado es por ejemplo casi idéntico en todos los electorados, pues incluso entre los votantes de IU se eleva al 75 %, en contra de lo que pudiera deducirse de las críticas que reciben la hegemonía norteamericana y la globalización capitalista. Respecto a la disminución de las desigualdades sociales los más optimistas son los votantes del PSOE, un 48 % de los cuales creen que se han reducido, y los menos los de IU, sólo un 38 % de los cuales así lo cree. Y respecto a la inseguridad ciudadana se manifiesta el eje izquierda-derecha, siendo los votantes del PP los más pesimistas, pero incluso entre los de IU el 45 % cree que ha empeorado, frente al 20 % que cree que ha mejorado.

7. En los últimos 25 años

	Ha mejorado mucho o algo	Ha empeorado mucho o algo
La situación económica	79,8	8,1
La situación internacional	72,9	6,7
Las desigualdades sociales	43,7	28,2
El paro	48,7	34,4
La convivencia ciudadana	43,4	32,5
La inseguridad ciudadana	16,4	62,3
El medio ambiente	11,5	75,7
El problema de la droga	7,2	81,9
El terrorismo	4,6	83,4

En % de las respuestas

Presenta también particular interés la pregunta acerca de los cambios que se han producido en la familia, acerca de los cuales los encuestados estiman que el más positivo ha sido la creciente igualdad entre los cónyuges y el

más negativo la disminución del número de hijos (gráfico 8), opiniones en las que coinciden también los electorados de los tres grandes partidos. La diferencia más significativa entre ellos se da respecto al divorcio, que consideran el cambio más negativo un 38 % de los votantes del PP y sólo un 17 % de los de IU, situándose los del PSOE en una posición intermedia.

8. Los cambios en la familia

	El más positivo	El más negativo
La igualdad entre los cónyuges	58,4	1
El trabajo de la mujer fuera de casa	19,8	2,1
El divorcio	3	28,9
La disminución del número de hijos	1,5	40,3

En % de las respuestas

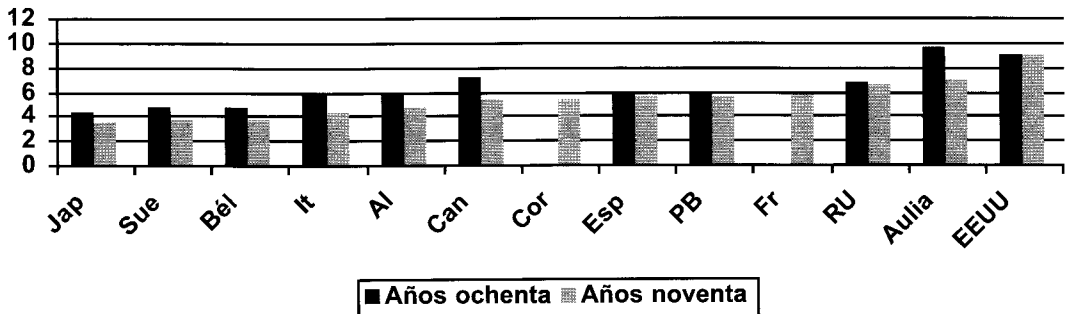
Respecto a algunas de estas cuestiones no resulta difícil comparar las percepciones subjetivas de los españoles con indicadores objetivos de lo ocurrido en los últimos 25 años. En lo referente a la situación económica, cualquier indicador que tomemos permite comprobar que el optimismo de los españoles está plenamente justificado. Hemos optado por examinar la tasa de crecimiento del PIB por habitante durante ese período de las catorce mayores economías del mundo desarrollado (exceptuando a Alemania, donde la reunificación impide disponer de una serie homogénea) y el resultado es que España se sitúa junto a Italia en un tercer lugar, detrás de Corea y Japón (gráfico 9). La tasa de crecimiento española ha sido superior a la de la mayoría de los países de Europa occidental, aunque inferior a las de Irlanda, Portugal y Noruega, pero más importante que ese dato comparativo es el incremento del bienestar que ha supuesto para los españoles. Una tasa de crecimiento del 2,1 % anual implica que el PIB por habitante se ha incrementado en un 60 % de 1975 a 1999 (en pesetas constantes, es decir descontada la inflación).

9. Tasa media anual de crecimiento del PIB por habitante, 1975-1999 (%).

República de Corea	6,5	Bélgica	1,8
Japón	2,8	Países Bajos	1,7
Italia	2,1	Francia	1,7
España	2,1	Canadá	1,4
Estados Unidos	2	Suecia	1,2
Reino Unido	2	Suiza	1
Australia	1,9	Argentina	0,3

Más difícil resulta medir la desigualdad social. Un procedimiento es el de comparar los ingresos del 20 % más rico de la población (primer quintil) con los del 20 % más pobre (quinto quintil), pero se tropieza con el problema de que se dispone de pocos estudios acerca de la distribución de la renta. Los datos disponibles acerca de las quince mayores economías del mundo desarrollado (exceptuando en este caso a Argentina) se exponen en el gráfico 10. Puede observarse que España se sitúa a un nivel medio de desigualdad y que, al menos durante los años ochenta, hubo una ligera mejora: el primer quintil tenía 5,8 veces más ingresos que el quinto en 1981 y 5,4 en 1990.

10. Desigualdad de renta: 20% más rico/ 20% menos rico



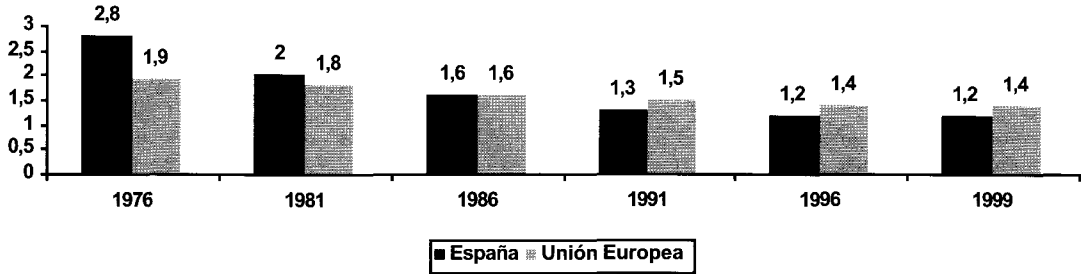
United Nations Development Program (UNDP): *Human Development Report 2001*.

Podemos comprobar también que la delincuencia ha aumentado. Un indicio de ello es el incremento de la población reclusa, que en términos absolutos se ha triplicado durante los últimos veinticinco años, de tal manera que si en 1970 había 41 reclusos por cada cien mil habitantes, en 1999 eran 110. Puesto que las cifras de detenciones policiales también se han incrementado considerablemente y puesto que no parece que la democracia esté siendo más severa con los delincuentes que la dictadura, sólo cabe concluir que los españoles están en lo cierto al suponer que en este aspecto el cambio ha sido a peor. Se trata, por otra parte, de una tendencia común a un gran número de países. En Francia, por ejemplo, la tasa de delitos conocidos pasó de 13,7 por mil habitantes en 1950 a 61,1 en 1998, concentrándose el incremento en los años 1965 a 1982, período en el que se produjo una “explosión de la criminalidad”³.

Por citar un último ejemplo, esta más que justificada la opinión de los encuestados que consideran que la disminución del número de hijos es el cambio más negativo que ha experimentado la sociedad española en los últimos veinticinco años. A pesar de que el tema ha originado menos debate público de lo que se merece, lo cierto es que la actual tasa de fecundidad española no garantiza el relevo generacional, por lo que sólo un fuerte incremento de la inmigración, de hecho ya iniciado, podrá evitar que en los próximos lustros se produzca un marcado envejecimiento de la población española, que tendría consecuencias sociales muy negativas. Se trata de un problema que es común a toda Europa, pero que en nuestro país es especialmente grave (gráfico 11). En 1976 España tenía una media de 2,8 hijos por mujer en edad fértil, más que suficiente para asegurar el reemplazo generacional, mientras que en el conjunto de los actuales países miembros de la UE la media era de 1,9, levemente inferior a la tasa de reemplazo. Un cuarto de siglo después, en 1999, la media de la UE se ha reducido a 1,4 y la española a 1,2, lo que la convierte en una de las más bajas del mundo.

3- GERI: *Criminalité et délinquance apparentes: une approche territoriale*, Paris, La documentation Française, págs. 30-33, 2000.

11. Media de hijos por mujer en edad fértil

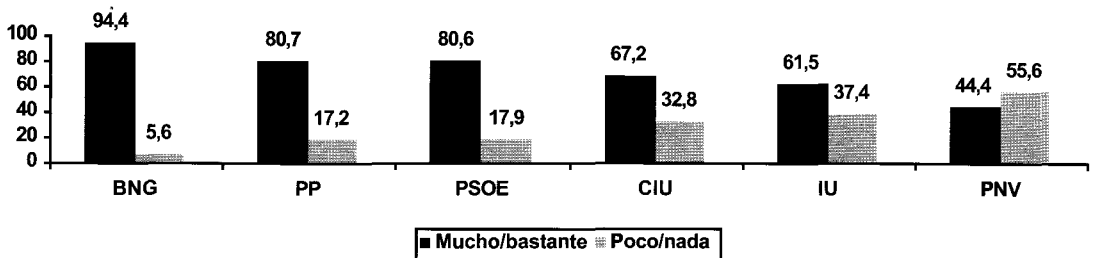


La Constitución de 1978.

El legado institucional de la transición quedó definido en el texto constitucional de 1978, que goza también de una elevada consideración entre los españoles. En primer lugar hay que destacar la plena identificación con la democracia de los electores de todos los principales partidos españoles. El 85 % de los encuestados se mostraron de acuerdo con la afirmación de que la democracia es siempre preferible a cualquier otra forma de gobierno, un porcentaje que es aún más alto entre los electores de los principales partidos, salvo los del PP, entre los cuales se reduce al 80 %.

Se observa menos unanimidad en las respuestas acerca de la forma en que funciona la democracia en España, que resulta satisfactoria para el 80 % de los electores del PP y del PSOE, pero no para tantos electores de los demás partidos principales, siendo el caso extremo el de los electores del PNV, entre los cuales el porcentaje de insatisfechos supera al de satisfechos (gráfico 12). Esto constituye una prueba más de que el consenso democrático surgido de la transición no tiene en la Comunidad Autónoma Vasca el mismo arraigo que en las restantes comunidades españolas. El contraste entre las respuestas de los electores del PNV y las de los electores de BNG y CIU es muy elocuente al respecto.

12. Satisfacción con el funcionamiento de la democracia



La pregunta quizá más interesante para captar el arraigo que han adquirido en la sociedad española las instituciones y principios que constituyen el legado de la transición es aquella que plantea cuáles son para el encuestado las cuestiones fundamentales o sagradas en política (gráfico 13). Puede observarse que los principios básicos de toda democracia, es decir la voluntad del pueblo y las libertades, tiene un elevadísimo grado de aceptación, y que la propia Constitución lo tiene muy alto, más alto que la propia unidad de España (quizá porque este concepto resulte para algunos electores más cercano a la retórica del pasado régimen que a la del actual Estado de las autonomías). Son menos los que consideran fundamental o sagrada la monarquía.

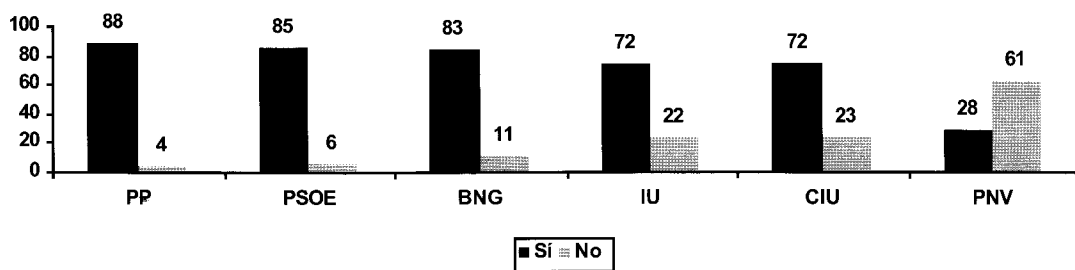
13. Cuestiones fundamentales o sagradas en política

	Sí	No
La voluntad del pueblo	87	4,4
Las libertades democráticas	86,8	2,6
La Constitución española	80,5	8,9
La unidad de España	72,6	16
La monarquía	58,7	28,1

En % de las respuestas

Centrándonos por último en la propia Constitución, es interesante observar que resulta fundamental o sagrada para más del 80 % de los electores del PP, del PSOE y del BNG y para más del 70 % de los de IU y CIU, lo que representa un extraordinario grado de consenso (gráfico 14). Por el contrario, sólo un 28 % de los electores del PNV comparten esa apreciación.

14. La Constitución española es fundamental o sagrada



Conclusión

La transición española a la democracia constituyó un momento clave en la que Huntington ha denominado tercera ola de la democratización, es decir en el gran impulso que la difusión de la democracia en el mundo cobró en los años 1974 a 1991⁴. Al haberse producido al comienzo de dicho proceso, ejerció un papel de modelo respecto a las transiciones que se produjeron con posterioridad en América Latina y Europa del Este. En la propia España ha dado lugar a un sistema político homologable al del conjunto de los países democráticos, que ha garantizado la continuidad del desarrollo económico y la integración de nuestro país en la Unión Europea. No es por tanto extraño que, como lo revelan numerosas encuestas, la democracia española goce hoy de un grado de aceptación por el conjunto de la sociedad como probablemente nunca lo tuvo ninguno de los regímenes políticos que se sucedieron en nuestro país a partir de 1812. Lo cual no significa, por supuesto, que vivamos en el mejor de los mundos posibles, ni que el funcionamiento de nuestra democracia no sea manifiestamente mejorable.

Al segmentar por la orientación del voto los resultados de la encuesta comentada, hemos podido comprobar que los electorados de los principales partidos españoles coinciden básicamente en su apreciación de la transición democrática y de sus resultados. La transición a la democracia es vista hoy por la gran mayoría de los españoles como una empresa colectiva por la que es legítimo sentirse orgullosos. La coincidencia entre las valoraciones expresadas por los electores del PP y del PSOE es particularmente elevada, pero en pregunta tras pregunta hemos podido comprobar como el consenso básico se extiende también a los electores de IU, CIU y BNG. De ello cabe deducir que el temor que a veces se manifiesta respecto a la amenaza que los nacionalismos específicos de algunas comunidades pudieran representar respecto a la continuidad de las instituciones resulta infundado. Únicamente los electores del PNV, que de hecho no votó la Constitución de 1978, se singularizan en algunas de las respuestas.

No es deseable que la memoria histórica de un pueblo se transforme en una leyenda rosa, pero la satisfacción compartida por los logros del pasado es sin duda un factor que facilita la convivencia. En ese sentido la memoria de la transición representa un componente fundamental de nuestra cultura política, un *lieu de la mémoire*, por decirlo a la francesa, particularmente querido. En definitiva, el punto de origen de ese sentimiento difuso, difícil de definir pero no de apreciar, que se manifiesta en la España de comienzos del siglo XXI y que algunos denominan patriotismo constitucional.

4 HUNTINGTON, Samuel: *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Barcelona, Paidós, 1994.